

La difícil convivencia

El ya fallecido P. Pire, Premio Nobel de la Paz, nos advierte que «el mayor pecado que hoy podemos cometer es contentarnos con coexistir» (Sociología de la convivencia, Edit. Zyx, pág. 12). Porque, hay quienes viven de los demás, y es egoísmo; y quienes viven con los demás, y es compañerismo o camaradería; y quienes viven a pesar de los demás, y es el sino de muchos; y quienes viven para los demás, y es altruismo benéfico; hay quienes viven en los demás, y es amistad; y quienes viven a los demás, y es comunión y auténtica convivencia cristiana.

Cuando le preguntaban a Arnold Toymbee, intérprete de la historia, a ver en qué creía él, respondía:

«CREO... QUE LO MAS IMPORTANTE NO SON NUESTRO SABER Y NUESTRA PERICIA, SINO NUESTRAS RELACIONES CON LAS DEMAS PERSONAS. NO TODOS TENEMOS QUE SER INGENIEROS O MATEMATICOS, PERO SI TENEMOS TODOS QUE TRATAR CON OTRAS PERSONAS. Y ESTAS RELACIONES NUESTRAS MUTUAS, QUE SON LAS COSAS REALMENTE IMPORTANTES EN LA VIDA, SON TAMBIEN LAS REALMENTE DIFICILES, PORQUE AHI ES DONDE SURGE LA CUESTION DE LA RAZON Y DE LA SINRAZON».

JOSE LUIS NIETO NUÑEZ

Frontispicio: «Taimados e irritados, retraídos y violentos»; esas cuatro especies ambulan juntas por el mundo. Cada cual persigue sus objetivos y hasta el fin de los días no comprenderán mutuamente sus sentimientos. Cada cual tiene su sabiduría por la más perfecta.

«Elocuentes y simples, torpes y rastreros»; estos cuatro tipos de hombres ambulan juntos por el mundo. Cada cual persigue sus objetivos, y hasta el fin de sus días no se tratarán unos a otros. Cada cual estima su arte como el más discreto.

«Astutos y atrevidos, apresurados y frios burlones»; estas cuatro especies humanas ambulan juntas por el mundo. Cada cual persigue sus objetivos, y hasta el fin de los días ninguno de ellos inducirá al otro a la reflexión. Cada cual cree que su inteligencia lo ha captado todo.

«Hipócritas y molestos, temerarios y timoratos»; esas cuatro especies humanas ambulan juntas por el mundo. Cada cual persigue sus objetivos, y hasta el fin de los días ninguno de ellos contribuirá al progreso del otro. Cada cual tiene su proceder por irreprochable.

«Sociables y engreídos, tiranos y solitarios»; esas cuatro especies humanas ambulan juntas por el mundo. Cada cual persigue sus objetivos y hasta el fin de los días no prestarán atención unos a otros. Cada cual se considera moderno.

• • •

Así diagnostica la sabiduría china del siglo V-IV antes de Cristo, según «El libro de la prístina fuente surgente», de Liā Dsi. (Tomado de E. Sylvester, «Yo, tú y el mundo», Col. Austral, n.º 934).



PRINCIPIOS DE LA CONVIVENCIA

Puestos a precisar ahora las condiciones básicas de una real convivencia, pensamos que se podrían compendiar bajo los epígrafes siguientes:

- 1.º **Conocimiento**
- 2.º **Comunicación**
- 3.º **Tolerancia**

A. Conocimiento:

Conocimiento de nosotros mismos y conocimiento de los demás.

1. *Conocimiento de nosotros mismos:* normalmente, en la mayoría de los casos, lo más importante de nosotros mismos es lo más inconsciente. Algunos autores, como el dramaturgo T. B. Pringle, han llegado a proferir mediante alguno de sus personajes, que «no sabemos nada importante sobre nosotros mismos» que nos ignoramos enciclopédicamente. Tras veinticuatro siglos de reflexión personalista, la pregunta de Tiresias a Edipo conserva todavía su primitivo vigor: «¿Qué sabes de ti mismo?» Claro está que esta ignorancia no nos impide que absoluticemos nuestro yo y que, incluso padezcamos una «egorrágia» crónica, una diarrea congénita del yo. La punta de todos nuestros egoísmos se denomina «yo» (cuando precisamente «yo» es aquello que más desconocemos y a lo que más mentimos). Marcel Proust, con la intrascendencia y la capacidad de observación que le caracteriza, nos asegura que «aquel a quien más mentimos es a nosotros mismos». Y, sin embargo, decimos: «Yo...». Decimos «Yo», como si eso fuera la cosa más original del mundo, cuando en realidad no existe ningún yo original, salvo el de Dios. Y, ni aún éste es un Yo sin Tú, porque es un Yo-interpersonal.

El «doble», pues, somos nosotros mismos. Un doble «dostoievskano», extraño y familiar al mismo tiempo.

La intimidad es el lugar primario de la existencia del hombre en lo real, ya que la fuerza del ser se experimenta, ante todo, en el plano donde surge la experiencia del amor y del lenguaje, y, sin embargo, es la intimidad mía, nuestra, se desvanece, se confunde en la nebulosa del yo. Por eso nadie puede perdonarse la tarea de explorarse, de ser humildemente el cosmonauta de su yo, a fin de que a la luz de su ignorancia íntima aprenda a respetar el misterio del otro:

No corras, ve despacio,
que a donde tienes que ir es a ti solo.
Ve despacio, no corras,
que el niño de tu yo, recién nacido
eterno,
no te puede seguir.

(Juan Ramón Jiménez, Poesías, Madrid 1944)

2. *Conocimiento de los demás:* Otro de nuestros perentorios es conocer más hondamente a los demás. Son escasos los hombres que poseen una sabiduría superior a la del término medio. Pasamos los unos junto a los otros, nos hablamos, pero no comprendemos el lazo que nos une, no vislumbramos el misterio.

No obstante, casi todo el mundo, aunque no haya emprendido estudio alguno sobre el particular, se considera conocedor, incluso gran conocedor, del alma humana. Uno de

los pasajes más conmovedores de Tennessee Williams, de este Tennessee Williams que acaba convirtiéndose al catolicismo porque «quería recuperar la bondad», es aquel de «la caída de Orfeo», en que Valentin, nuevo Orfeo guitarrero y vagabundo, se encuentra por segunda vez con Donna:

—Donna: «Aún no nos conocemos bien... por eso... damos vueltas uno alrededor del otro...»

—Valen: sí... Como los animales observan a sus enemigos y olfatean antes de atacarse.

—Donna: No. No exactamente, pero...

—Valen: Tiene usted razón... Nosotros aún no nos conocemos... Me gustaría averiguar cómo llegan a conocerse las personas... Nadie llega jamás a conocer a nadie. Estamos condenados a vivir solos, encerrados en nuestra pobre piel durante toda la vida... ¿Comprende lo que quiero decir? Esa es la verdad y debemos enfrentarnos serenamente con ella. Estamos condenados a vivir solos, encerrados dentro de nuestra pobre piel todo el tiempo que vivamos en este mundo (Act. 2.º).

Donna se opone, como es natural; no está de acuerdo. Valentin, sin embargo, insiste; cree que no hay respuesta para la gran pregunta de nuestra vida. Entonces ella le replica que el amor es una contestación justa, a lo que él responde con dos pequeñas historias de amor, precisamente para demostrarle que la única respuesta que nos ofrece la vida es la de la perversión. Pero Donna no cede: está «segura de que la corrupción no es la respuesta que buscamos».

Efectivamente, no lo es. La gran respuesta de nuestra vida es el mutuo conocimiento amoroso. Ignorarse es una manera fina de odiarse; conocerse es una manera obsequiosa de amarse. Sólo el amor nos da la superior clarividencia.

B. Comunicación

1. *Con nosotros mismos:* sobre el esfuerzo que supone el conocer, viene, para crear la convivencia, el esfuerzo por comunicar. Si el primero resulta difícil, el segundo lo es aún más.

Pero ¿necesitamos de verdad comunicarnos? ¿Lo podemos hacer? ¿En qué medida? ¿Nos sirven todavía las palabras?

«Tengo por cierto, certísimo, que la existencia de un viviente importa poquísimo, nada», dice aturdido por la desesperanza el joven Werther (Goethe, *Las cuitas de Werther*, Col. Austral, pág. 96). Y añade, preanunciando el más exaltado romanticismo: «Es asunto de traspasarse el pecho y volarse los sesos, esto de valer tan poco unos para otros. Cariño, complacencia, ardor, alborozo, si no los atesoro en mí no me los darán los demás; y con el corazón cuajado de dichas, no me es dado traspasarlas

a quien yace yerto y exánime ante mí». (Ib. pág. 97).

Werther, pues, considera imposible la verdadera comunicación; sabe que cuanto él atesora, se anonada, si no lo comunica; sobre todo, si no lo comunica con Carlota, su amada, porque sólo ella es capaz de darle plenitud.

2. *Comunicación con los demás:* Merece recordarse que la psicología profunda ha resaltado como condiciones indispensables de nuestro equilibrio interno estas tres:



- 1.º contacto con la naturaleza
- 2.º una vivencia religiosa profunda
- 3.º comunicación entrañable con alguien.

Me interesa ahora esta tercera condición, a la que el pensar filosófico actual considera también como imprescindible para la genuina realización de la persona. «El principio de comunicación es tan esencial a la definición de la persona como el principio de individuación» (J. Lacroix, Sentido del diálogo, pág. 83), tesis y antítesis de nuestro ser constitutivo.

La comunicación con los otros sería imposible si el conocimiento que tenemos de ellos se redujera a inteligencia, a una inteligencia verbalizante, lógica, conceptual, transferida de nuestras relaciones con el mundo de la materia y de los números, no a una inteligencia amorosa, como apuntamos antes. Porque, además de darse, la comunicación exige percibir el mejor tú del otro, averiguar a través de sus palabras lo que él quiere decir, no reducirle a lo que él es ahora, sino quererle en lo que él sueña, en lo que espera de sí mismo. Todo esto implica que se le dé crédito, que se le considere como inagotable, que se pretenda menos explicarle que comprenderle. La co-

municación es un prodigio perpetuo, una realidad asombrosa, en virtud de la cual, como alguien hermosamente ha dicho, «todos tenemos en nuestra vida páginas que han sido escritas por otros». Quizá unos versos del «Cancionero» de Unamuno esclarezcan estas ideas. Acosado, probablemente, de pretender singularizarse, Don Miguel responde así:

«¿Singularizarme?. Vamos, somos todos de consumo, y en la piña que formamos, yo soy nos-otro, nos-uno».

Es, pues, en la conciencia de nuestra identidad, donde debe sentar sus reales la comunicación.

Pero, una vez, se interpretan las dificultades. Los medios ordinarios de comunicación se nos resisten, se declaran ineptos. Ni la palabra, los silencios o los gestos retransmiten realmente lo que somos, pensamos o sentimos. Las personas no nos brindan su «adentro», su intimidad de una forma translúcida. Hasta cierto punto, nuestra comunicación, tan opaca, se convierte en comunicación de incommunicados.

Veamos lo que sucede, por ejemplo, con la

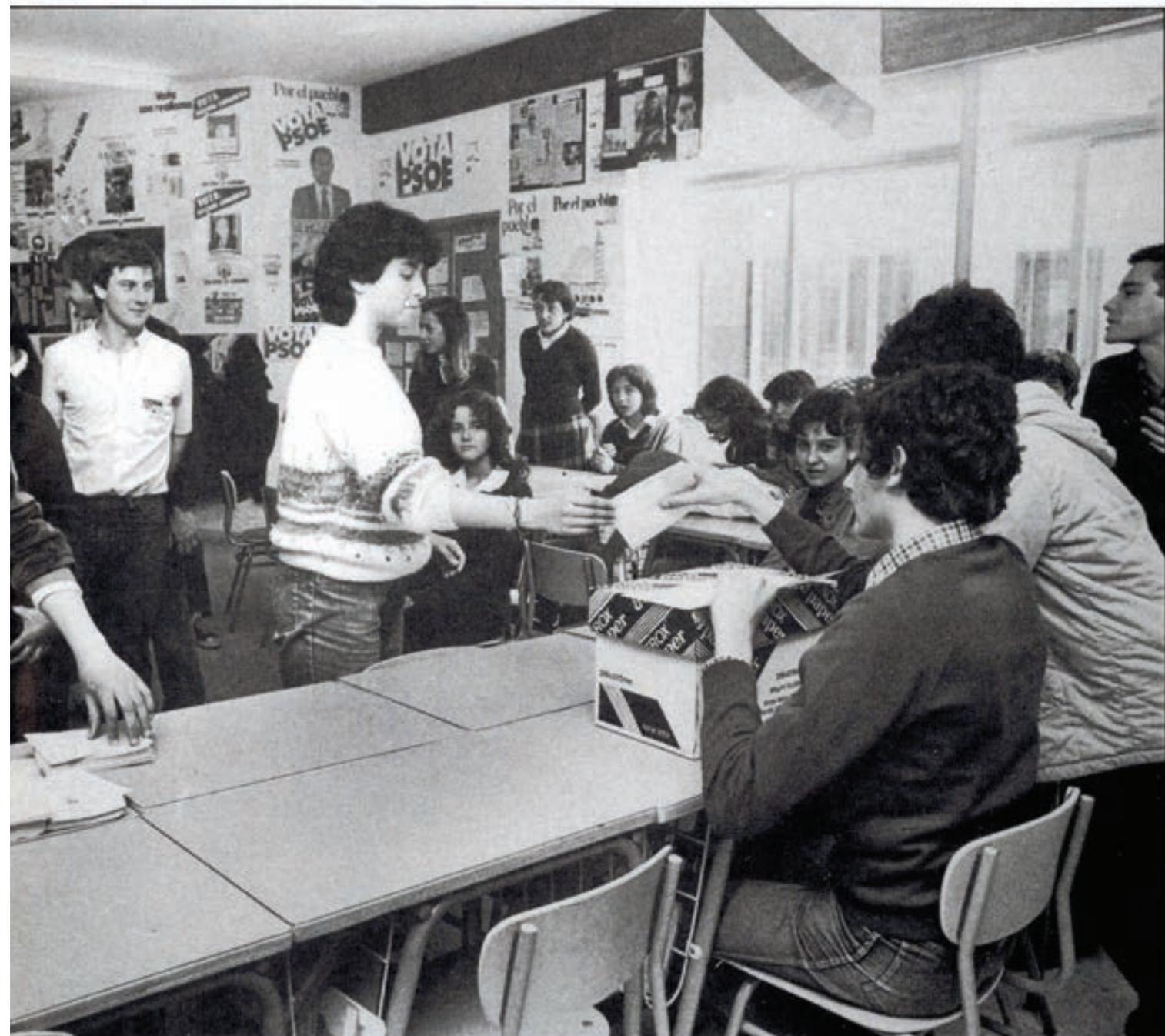
palabra. Preguntémosnos «¿Qué pasa cuando hablamos?» Pues pasa que nos expresamos y oímos según nuestro personal modo de ser. La voz que uno oye no es la que oyen los demás, como la imagen mía que contemplo en el espejo, no es tampoco la que contemplan los demás. La palabra propia es aquella cuyo eco hemos oído antes, es una palabra con biografía. Por eso resulta tan problemático poder llegar a expresarse expresando a los demás, o a hablar como hablan los demás.

Sucede igualmente, y con relativa frecuencia, que, aun hablando el mismo lenguaje, las palabras esenciales de nuestra vida, como amor, libertad, verdad, bondad, fe, significan cosas cualitativamente distintas para cada uno, porque la palabra, como un órgano, tiene multitud de registros. Hay algo peor que la torre de Babel, y es precisamente esto: dar a idénticas palabras significados diferentes.

Ilustremos lo dicho con algunos fragmentos de autores consagrados:

Veamos, en primer lugar, una secuencia de la ya citada obra de Pirandello:

—Padre: «Pero si ahí está el mal, precisamente: en las palabras (le dice a la hijastra). Cada uno llevamos dentro un mundo diferente.



¿Cómo vamos a poder entendernos, señores, si a las palabras que yo pronuncio les doy el valor y el sentido que tienen para mí, mientras el que me escucha, las entiende con el sentido y el valor que tienen para él. Por eso no nos comprendemos nunca. Mire usted: toda mi compasión por esta mujer (la madre) ha sido interpretada por ella como la más terrible crueldad».

Ideas afines apunta el P. Daniel, en la obra de Laín. Cuando cunde la sospecha en el equipo de arqueólogos, por el robo perpetrado entre ellos, no sólo se miran con recelo, sino que ni siquiera se pueden hablar:

—Padre Daniel: «... No podemos hablar los unos con los otros porque, además de oír lo que las palabras dicen, inventamos lo que esas palabras pueden decir. No sabemos quién es el otro. Vivimos incommunicados y recelosos, nos hemos convertido en espías y en máquinas de agresión» (Acto 2.º).

También Ortega y Gasset ha señalado este subjetivismo de las palabras. Aportemos un párrafo de «El hombre y la gente». En él destaca que somos inefables:

«El hombre —dice— cuando se pone a hablar, lo hace porque cree que va a decir lo que piensa. Pues bien, esto es ilusorio. El lenguaje no da para tanto. Dice, poco más o menos, una parte de lo que pensamos y pone una valla infranqueable a la transfusión del resto. Sirve bastante bien para enunciaciones y pruebas matemáticas... Pero conforme la conversación se ocupa de temas más importantes que esos, más humanos, más «reales», va aumentando su imprecisión, su torpeza y su confusiónismo» (Vol. II, pág. 142).

No sólo los dramaturgos y los filósofos se sienten defraudados por la palabra; también los poetas lamentan su limitación. El maravilloso poema de Manuel Atolaguirre, «Soledad sin olvido» es un claro exponente de cuanto acabamos de decir:

«Qué pena esta de hoy.
Haberlo dicho todo
volcando por completo
lo que pesaba tanto,
y ver luego que todo
se queda siempre adentro,
que las palabras fueron
espejos engañosos,
cristales habitados
por fantasmas sin vida;
que todo queda adentro
con sus negras presencias,
insistentes, doliendo».

C. Tolerancia

El tercer puntal básico de la convivencia decíamos que era la tolerancia. Algunos consideran que esta palabra es un vocablo demasiado vil para designar una realidad demasiado bella. Otros preferirían que se hablase de respeto, de simpatía, pero no de tolerancia. Nosotros, sin embargo, preferimos esta palabra, y la preferimos con todo su bagaje semántico, con todo lo que entraña de mansedumbre y de bondad, de paciencia y de piedad, de liberalidad y de comprensión. Estamos persuadidos de que si tolerásemos a los demás todo lo que nos toleramos a nosotros mismos, el mundo sería, ciertamente, insostenible. Por eso, pues, pensamos que la verdadera tolerancia no puede construirse más que sobre personalidades auténticas. De lo contrario, no sería una virtud egregia, sino complicidad y conformismo.

A nuestro juicio, tolerancia brota del principio mismo de la libertad. Pensamos que ser

tolerante significa saber que las otras libertades nos limitan. Es ahí, precisamente, en esas latitudes fronterizas, donde se afina o se embutece nuestro sentido del otro, nuestra capacidad de ecumenismo, nuestra creencia viva en la irreductibilidad de las personas. Es ahí, asimismo, donde se acrisola nuestro pacifismo, de donde se urde nuestra fanática y agresiva belicosidad. Todos corremos el riesgo de crearnos una personalidad defensiva. Esto vicia de raíz la convivencia. Tolerancia equivale a magnanimidad, a liberalismo marañoniano.

Por otra parte, la tolerancia no se sitúa en línea paralela al conformismo. Tolerar no consiste en renunciar a sus convicciones o abstenerse de defenderlas y comunicarlas, sino que consiste, más bien, en prohibirse a sí mismo cualquier acción violenta, cualquier injuria, cualquier trampa en el juego de la intersubjetividad. Puede uno sentirse radicalmente inconformista sin sofocar por ello su espíritu de tolerancia. De hecho, parece estar bastante comprobado que los grupos llegan a pensar, desgraciadamente, como piensan los individuos de más bajos ideales, las inteligencias más romas y mezquinas.

Sólo el hombre «piadoso», el que mira desde lo alto —porque hay que mirar desde arriba para descender sobre las cosas—, el «pices» del latín, significado no tanto por las prácticas devotas, cuanto por la compasión y la servicialidad, sólo el hombre piadoso, digo, está capacitado para la verdadera tolerancia.

La piedad no consiste tanto en la devoción cuanto en la facultad de recogimiento que nos pone en armonía y en paz con todo el universo.

Hermana de la piedad es la «paciencia». Quizá sólo por la paciencia podamos adueñarnos de las relaciones y de la realidad. Guardini ha dicho que «la genialidad es tan sólo la capacidad de tener una gran paciencia». Y a nuestro juicio, que se necesita genialidad, genialidad e inspiración más que para hacer una obra de arte, tal vez, para captar el sentido de los otros, la originalidad de sus reacciones, el significado de su conducta, su necesidad de ternura, su excepcionalidad. Conviene tener al vivo la idea de que «todos somos casos excepcionales», como apunta Camus en «La caída».

Otra forma o atributo de la tolerancia es la «flexibilidad». Se requiere gran altura divina y gran profundidad humana, para ser dignamente flexible. Si el árbol se dobla y reverencia a la tierra, si se yergue y se adapta al cimbreo del viento, es porque crece desde el sol y desde el barro, porque se alimenta de luz y de oscuridad, porque al tiempo que asciende hacia la claridad descende hacia las profundidades del misterio, porque arraiga y enrama simultáneamente. Hay que ser divino para ser humano; hay que ser humano para ser divino. Una vez más otro imperativo agustiniano: «Tolera, que para eso has nacido; tolera, que quizás tienes tú que ser tolerado» (Sermón 47, n. 5,6).

CONCLUSION

«NO HAY MAS QUE UN CAMINO QUE NOS LLEVE HACIA ARRIBA:

EL UNICO CAMINO ES EL QUE A TRAVES DE UNA ORGANIZACION CADA VEZ MAYOR

NOS LLEVA A UNA UNIDAD MAYOR.

AQUI NO CABEN, POR TANTO, NI LOS EGOISTAS, NI LOS QUE ESPERAN

CRECER EXCLUYENDO O DEGRADANDO A SUS HERMANOS INDIVIDUAL, NACIONAL O RACIALMENTE.

LA VIDA CAMINA HACIA LA UNIFICACION.

NUESTRA ESPERANZA SERA EFECTIVA A TRAVES DE LA COHESION

Y SOLIDARIDAD HUMANAS.

EL FUTURO DE LA TIERRA ESTA EN NUESTRAS MANOS.

¿HACIA DONDE NOS INCLINAREMOS?

LA CIENCIA ORDINARIA LO UNICO QUE CONSIGUE ES UNIR O ACERCAR

PUNTOS GEOMETRICOS DIFERENTES.

UN INTERES COMUN; POR MAS APASIONADO QUE SEA, NO CONSIGUE MAS QUE PONER LOS SERES EN CONTACTO INDIRECTO,

DE UNA MANERA IMPERSONAL QUE DESTRUYE NUESTRA PERSONALIDAD.

NO SON NUESTRAS CABEZAS NI NUESTROS CUERPOS LO QUE DEBEMOS

UNIR.

SINO NUESTROS CORAZONES.

EL PRINCIPIO GENERADOR DE NUESTRA UNIFICACION

NO HAY QUE BUSCARLO EN LA SIMPLE CONTEMPLACION DE LA MISMA

VERDAD,

NI EN EL DESEO QUE ALGO DESPIERTA EN NOSOTROS,

SINO EN LA ATRACCION UNICA

EJERCIDA POR EL MISMO ALGUIEN»

P. Teilhard de Chardin